

Pedro Carlos González Cuevas,
Maeztu. Biografía de un nacionalista español,
Madrid, Marcial Pons, 2003, 382 págs.

Pedro Carlos González Cuevas se ha convertido por méritos propios en uno de los especialistas más considerados de la historia del pensamiento conservador español de los siglos XIX y XX. Además de infinidad de artículos, desde 1998 ha brindado al público lector la friolera de cuatro libros. El último de la entrega es este volumen dedicado a la vida, a las ideas y a la trayectoria política de Ramiro de Maeztu, una figura que tuvo ya en su tiempo una gran influencia intelectual sobre sus contemporáneos, pero que fue aún más intensa y duradera durante el franquismo, después de su asesinato en aquel otoño del Madrid asediado de 1936. Pese a lo cual, concluida la dictadura, ha sufrido, no ya el olvido, sino una absoluta postergación por motivos políticos e ideológicos, a veces hasta caer en el más ignorante esperpento, como bien señala el autor de esta biografía en su incisiva y valiente introducción. Porque, efectivamente, en un tiempo de retorno a las visiones idealizadas —y por definición maniqueas— de la República como el que vivimos, en las que, de manera más que pueril, se nos presenta aquella experiencia política como paradigma de las conquistas democráticas y de la lucha por la libertad, un reaccionario como Maeztu no podía ser objeto preferente de interés, máxime al haber ejercido de referente simbólico del bando que salió victorioso de la Guerra Civil.

Haciendo caso omiso de las modas y descalificaciones al uso, González Cuevas despliega toda su envidiable erudición para reivindicar a su biografiado como sujeto digno de estudio, con todas sus contradicciones e incoherencias, y en tanto que periodista, ensayista y, sobre todo, pensador político. Prolífico pensador que, aparte de muchos ensayos, dejó dispersa en los periódicos de su tiempo una constelación de artículos verdaderamente inabarcable que todavía nadie se ha atrevido a compilar. Maeztu fue, por tanto, un pensador, pero un pensador de acción apegado al día a día y en permanente polémica con sus coetáneos, que practicó un periodismo de ideas, que informó y a su vez debatió. Su vida estuvo recorrida por las tremendas crisis políticas que sacudieron aquel tiempo: la pérdida de las colonias en 1898, el estallido de la *Gran Guerra* en 1914 y de la Revolución Rusa en 1917, el advenimiento de la dictadura en 1923, la proclamación de la República en 1931 y, por fin y como remate, la Guerra Civil española en 1936. A lo largo de tan accidentada trayectoria, el vitoriano dio llamativos tumbos, desde su voluntarismo nietzscheano de primera hora, pasando por su anticlericalismo, el *liberal-socialismo* de inspiración británica, su posterior conversión al catolicismo, su adhesión a Primo de Rivera y, por último, su militancia en las posiciones más intransigentes de la extrema derecha durante los años 30. Una evolución tan singular en sí misma sería

motivo para justificar no una, sino varias biografías sobre este personaje. Pero el gran mérito de González Cuevas es haber hallado una línea de continuidad en medio de tan dispares posiciones ideológicas y filosóficas. Un nacionalismo español acentuado, el elitismo social, la defensa del capitalismo y el militarismo habrían sido algunas de esas constantes que desde sus primeros años guiaron a Maeztu en su lenta escalada hacia el conservadurismo autoritario del último período de su vida. Además, Maeztu fue un intelectual destacado, que, entre otros muchos, tuvo como interlocutores a personajes de la talla de Unamuno y Ortega, frente a los que se situó en un escalón más bajo desde un punto de vista filosófico, pero a los que sin duda superó como analista político y en sus retratos sociológicos de la realidad del momento, sumamente enriquecidos por el cosmopolitismo de que hizo gala el vasco.

Toda la trayectoria política e intelectual de Maeztu estuvo presidida por la búsqueda incesante de un sistema coherente de ideas. El no haber pasado por la Universidad, su autodidactismo, sus penurias de juventud y su temprano acceso al mundo del periodismo, explican sin duda por qué aquel proceso de construcción intelectual se dilató tanto en el tiempo. En este sentido, Maeztu fue fruto de sus viajes, de las muchas ciudades y países que conoció, de sus lecturas desordenadas y de los escritos apresurados que publicó en la prensa para ejercer su vocación de escritor y para ganarse un obligado sustento que no podía conseguir por otras vías. Muy joven, de la Vitoria provinciana del ochocientos, todavía en plena adolescencia, pronto pasó a Cuba, donde arrastró privaciones y experiencias irrepetibles. De ahí fue a París, para retornar de nuevo a su tierra vasca, pero ahora a Bilbao, una ciudad que se hallaba en pleno proceso de expansión urbana, financiera e industrial, que le deslumbró y le brindó la oportunidad de entrar en un diario, *El Porvenir Vascongado*, y conocer a Miguel de Unamuno. Y de allí, en los últimos años de aquel siglo, a Madrid, que, a diferencia de la capital vizcaína, no causó en nuestro personaje deslumbramiento alguno, si bien le ofreció un mercado cultural donde desarrollar sus expectativas de promoción social e intelectual. En sus primeros pinitos periodísticos hizo gala de un carácter excéntrico e impulsivo, escorado hacia posiciones extremistas y anticlericales. Pero lo más significativo de esa etapa, en plena ebullición regeneracionista, fue que asumiera las bases de ese nacionalismo españolista que le iba a acompañar durante toda su vida.

Como tantos otros de su generación, Maeztu salió hundido de la derrota ante Estados Unidos. Fue entonces, a partir de ese abatimiento, cuando emergió como una de las grandes figuras del periodismo español y de la llamada generación del 98, tras hacerse un lugar en *El Imparcial* y contactar con Ortega y Gasset, el joven filósofo que ya despuntaba y que, como Maeztu, miró a Europa como el lugar donde encontrar antidotos para todos los males que arrastraba el país. El europeísmo, el desarrollo industrial y la nacionalización de los españoles en un modelo secular de principios compartidos serían los tres remedios barajados por el vitoriano para levantar a España de su postración. Ni la zarzuela ni las corridas de toros, y en otro sentido el modernismo esteticista, debían ser puntos de refe-

rencia en ese desafío. Las claves había que buscarlas en la socialización de las nuevas generaciones de españoles en una escuela al margen de los dictados de la Iglesia, en los valores militares y en el proteccionismo arancelario. El cuerpo social llamado a liderar el proceso de modernización y construcción nacional habría de nutrirse con elites nuevas, es decir, elites industriales, de ahí que mirara con esperanza a Cataluña y a Vizcaya, aunque Castilla debería seguir ejerciendo de soporte principal en aquel objetivo. Es en estos años cuando Maeztu se va desprendiendo, poco a poco, de su iconoclastia inmadura de su primera juventud. No obstante, todavía se mostraba impulsivo. De hecho, fue a raíz del estacazo que le propinó al dibujante Poveda cuando, para eludir el proceso criminal que se le abrió, decidió aceptar la oferta de *La Correspondencia de España* de ir a Gran Bretaña como corresponsal.

La experiencia inglesa de Maeztu, que duró aproximadamente seis años, abrió una fase de transición en su pensamiento. El mundo intelectual británico le fascinó, obsesionado por encontrar la razón de la superioridad anglosajona en el mundo. Todavía era un radical, pero sus arrebatos de juventud se atemperaron definitivamente; asumió una valoración más positiva del hecho religioso y se dejó llevar por el reformismo social del peculiar modelo socialista del país. Tras su regreso a España en 1910, un nuevo viaje al exterior, esta vez a Alemania, dio nuevo impulso a sus reflexiones religiosas, ahora bajo la influencia de Kant. Pero sería la guerra que estalló en 1914 la que definitivamente ayudó a concluir su evolución ideológica. Mantuvo su admiración por la cultura alemana, pero se declaró aliadófilo, si bien fue en esos años cuando se alejó de Ortega y acentuó su militarismo y su nacionalismo, preocupado por el débil arraigo del patriotismo entre los españoles. Si el estallido de la guerra le impactó, fue sobre todo la Revolución Rusa el acontecimiento que sumió al vitoriano en una profunda preocupación, temiendo su generalización al resto del mundo. Como bien apunta González Cuevas, sus reflexiones de entonces eran hijas del derrumbamiento del mundo liberal que se estaba produciendo, al que asistía como espectador privilegiado y lúcido, consciente de que ya nada iba a ser igual. A partir de la conflagración, la evolución ideológica de Maeztu adquiere absoluta coherencia: se obsesiona con el peligro de la revolución social; rompe definitivamente con el liberalismo; bebe con fruición en las fuentes del pensamiento tradicionalista europeo; ve con curiosidad el desarrollo del fenómeno fascista; reivindica la función cohesionadora de la Iglesia y del Ejército en la sociedad española, y termina por aplaudir entusiasmado el golpe de Estado de Primo de Rivera, con cuyo régimen se identifica y colabora plenamente. Primero, al aconsejar personalmente al dictador que institucionalizara su obra política. Después, participando en la elaboración del anteproyecto constitucional. Y por último, con su nombramiento, en 1927, como embajador de la dictadura en Argentina. Con todo, dicha coherencia presenta un punto de singularidad sumamente interesante que hace de Maeztu un precursor. A raíz del viaje que realizó a los Estados Unidos en 1925, volvió a teorizar sobre la figura del empresario como promotor del progreso, apostando a favor de que el ca-

tolicismo español se desprendiera de sus prejuicios anticapitalistas. Una tesis que, expuesta brillantemente en *El sentido reverencial del dinero*, tuvo una enorme repercusión posterior en los círculos conservadores españoles a partir de los años 50, y que para provenir de alguien que, por otra parte, se decía neotradicionalista no dejaba de ser original.

La proclamación de la República en 1931, a la que Maeztu asimiló con el Mal por antonomasia, confirmó todos sus temores frente a *la revolución* explayados en los años previos. Pero no se quedó con los brazos cruzados. Desde el primer día se convirtió en un enemigo intransigente del nuevo régimen, conspiró, justificó públicamente el uso de la fuerza para derribarlo y puso toda su potencia intelectual al servicio de esa causa. Si interesante resulta toda la vida de Maeztu, es en este último período donde su figura se ve inmersa en una vorágine política imparable que desde el principio pareció prefigurar su final dramático. Escribió y habló más que nunca, se convirtió en el líder intelectual de la extrema derecha monárquica desde la sociedad cultural *Acción Española*, y accedió al Parlamento en noviembre de 1933, donde, aunque apenas intervino en los debates, protagonizó incidentes y enfrentamientos de envergadura. Al año siguiente vio la luz la que sin duda fue su obra más importante y que ya entonces alcanzó un gran éxito editorial: *Defensa de la Hispanidad*, en la que abogó por la restauración de España a través de su retorno al catolicismo y en su proyección hacia los otros pueblos hispánicos de allende los mares. A partir de ahí comenzó la cuenta atrás. Día a día, Maeztu se obsesionó cada vez más con la idea de la muerte y del sacrificio personal, como si adivinara —de hecho ya lo profetizó en 1930— el horroroso final al que se veía abocada la II República. Pero él no sólo hizo nada por evitar tal desenlace, sino que hasta el último momento jugó la carta de la confrontación. Después de las elecciones de febrero de 1936, continuaron, con más intensidad que nunca, sus llamamientos en pro de la rebelión armada. Pero cometió un error de cálculo. Nadie le avisó de la fecha exacta en la que se iba a producir el golpe de Estado que desembocó en la guerra civil más cruenta de la historia de España. Maeztu pagó con su vida aquel error y su compromiso con la causa de la contrarrevolución.

FERNANDO DEL REY REGUILLO